EL *NUEVO DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL* DE ANTONIO DE CAPMANY

CARMEN ROIG
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

Las discusiones en torno a la introducción de neologismos en la lengua castellana alimentan la polémica durante todo el siglo XVIII. Frente a los celosos defensores de la pureza de la lengua se alzan aquellos que reclaman el derecho a introducir voces nuevas que respondan a las nuevas necesidades expresivas de una sociedad que evoluciona con rapidez.

En este contexto, la intensa actividad de traducción de obras francesas que caracteriza el siglo, sitúa el neologismo de importación gala en el centro del debate. El tema viene de muy lejos. A finales del siglo XVII los «novatores» ya tuvieron que pelear con los puristas (Álvarez de Miranda 1992: 43-54). Pero en el último tercio del siglo XVIII adquiere connotaciones nuevas, ya que el incremento de la traducción de obras científico-técnicas del francés, desplaza el debate del campo estilístico-literario hacia el científico y técnico. Sin duda los esfuerzos de difusión de la ciencia y de la técnica llevados a cabo durante el reinado de Carlos III hacen más acuciante la necesidad de incorporar la terminología que corresponde a los nuevos saberes. Por otra parte, aunque la traducción de obras de carácter científico no sea numéricamente muy importante, comparada con el volumen total de la traducción de obras francesas (Fernández & Nieto 1991: 579-591; Lopez 1976: 66, 476) su evolución va en progresión constante y exige de los traductores un continuo ejercicio de innovación léxica.

Los traductores de este tipo de obras no eran hombres de letras, sino profesionales que ejercían una actividad relacionada con la obra traducida (Aragón 1992: 119-130): médicos, militares, profesores. Su actividad de traducción estaba orientada a la difusión del conocimiento científico y no a ganarse la vida. Sus conocimientos en la materia y su hábito de leer en francés constituían la mejor garantía de la exactitud de sus versiones. Pero no eran filólogos y se enfrentaban al problema de expresar en castellano conceptos, nociones, procesos, técnicas, etc., que, por tratarse de realidades anteriormente inexistentes, carecían de denominación en nuestra lengua. Es decir tenían que resolver un problema de creación léxica para el que carecían de la preparación adecuada. El problema no es exclusivo de la traducción científica, pero en ésta se agudiza y, en cierto modo, adquiere un carácter más objetivo y pragmático.

A mediados del siglo, Feijoo ya percibió claramente la estrecha relación entre el progreso del conocimiento y la necesaria innovación léxica y aborda el problema del neologismo científico con sentido práctico y amplitud de miras. Es un decidido partidario de la lectura de obras francesas, ya que, según él, «todas las ciencias y artes útiles hablan y escriben en francés» (Feijoo 1765b: XXIII). Pero para asegurar la difusión del nuevo saber científico, no se plantea la extensión de la enseñanza de la lengua, sino de su traducción. Cuando esto escribe, en 1759, Feijoo estima que en España hay unas 3.000 personas capaces de leer en francés, y de ellas, entre 30 y 40 son capaces de traducirlo. El benedictino desearía que desde el gobierno se promoviese la traducción de obras valiosas porque ello reportaría una doble ventaja: poner el saber

foráneo a la disposición de todos los españoles y ahorrar las sumas considerables que se gastan en Francia en la compra de libros.

En el *Paralelo de las lenguas española y francesa* Feijoo parece inclinarse por el criterio de los puristas y denuncia la «temeraria introducción de voces ya latinas, ya Francesas», que juzga innecesaria y perjudicial; como ejemplo de la suficiencia del castellano señala la obra monumental del P. Vicente Tosca, que escribe de «Matemáticas, Phisica, Botánica» y de todo el saber de su tiempo «sin salir del patrio idioma». Pero aunque afirma que el castellano puede abordar todo género de literatura o erudición sin socorro de ninguna lengua extranjera, hace una excepción con lo que él denomina «voces facultativas cuyo empréstito es indispensable de unas lenguas otras», afirmación que en cierto modo anuncia la noción de lenguaje científico que Capmany desarrollará más tarde. (Feijoo 1765a: I, 364-371).

En las *Cartas eruditas* (I, XXXIII) se muestra mucho más receptivo al neologismo y al préstamo y defiende la licitud de recurrir a voces del idioma extraño, no sólo cuando el propio carece de equivalentes, sino incluso cuando aun habiéndolos, éstos son menos precisos o armoniosos y condena como una forma ridícula de «vestir el idioma de remiendos» la práctica de los puristas de emplear perífrasis complicadas por no admitir una voz nueva. Admite abiertamente las deficiencias del castellano en términos abstractos, en participios (comparado con el francés tan rico en este punto), en ciertos predicados, como el de «Acción» por ejemplo. Finalmente, para Feijoo, «inventar voces o domesticar las extranjeras» no es cuestión de reglas o estudio, sino de «numen» y sólo aquellos que poseen este talento natural pueden y deben aventurarse a hacerlo.

En el último tercio del siglo la preocupación por las carencias de léxico científico-técnico del castellano es general. Ya no se trata de una simple querella de puristas sino de un problema nacional. El desarrollo de las ciencias experimentales, y de la economía, el auge de las artes y oficios tornan acuciante la necesidad de enriquecer la lengua con nuevas voces para designar las nuevas realidades. Pero antes se ha de empezar por recopilar y unificar las voces ya existentes. Desde el poder, Campomanes en su *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775), propone que las sociedades económicas de las distintas provincias elaboren listas de palabras para cada oficio al objeto de «facilitar la formación de un diccionario de artes y oficios» (*Discurso*, 313-314; Lázaro 1985: 285). En la misma dirección va el proyecto del padre Terreros, que pretende recoger el vocabulario de artes y oficios que no figura en los diccionarios de la Academia en su *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana* (1786 y 1793). La tendencia hacia el diccionario de ciencias y artes, concebido como auténtico diccionario de especialidad se extiende. El *Promptuarium trilingüe* del catalán Joseph Broch recoge las voces que «sirven para el Comercio Político y Sociable en los tres idiomas catalán, castellano y francés». Aproximadamente en las mismas fechas que el *Diccionario* del P. Terreros (1786 y 1788) se publica en Madrid el del P. Andrés Marcos Burriel con idéntico título (Niederehe 1988: 45-47).

A todos estos trabajos de envergadura -que hoy llamaríamos terminológicos y constituirían un banco de datos- habría que añadir la modesta contribución de los métodos y gramáticas de francés de mayor difusión, que ponían a la disposición de los estudiosos de esta lengua pequeños glosarios francés-español. Chantreau completa su gramática con un breve suplemento con nuevas voces: «Ciencias y Artes», «Diferentes oficios» y «Herramientas». Galmace es más prolífico y en las cuarenta páginas de su «Recopilación de muchas y diferentes voces muy curiosas y necesarias de saber» que

ofrece en anejo de su método de francés, incluye «Las Artes liberales», «Las Artes mecánicas» y «Los nombres de diferentes oficios». Estas modestas contribuciones responden sin duda a la demanda de un público lector o traductor de francés que necesitaba un instrumento práctico para resolver sus muy concretos problemas de versión (Fernández Díaz 1987: 47-52).

Porque en realidad ninguno de los grandes diccionarios o proyectos antes señalados está pensado para resolver las dificultades de la traducción. Todos son diccionarios españoles destinados al enriquecimiento y codificación de la lengua. Su objetivo es recoger el vocabulario ya existente, aunque disperso, y en ningún caso se plantean el problema de la innovación léxica. Aunque de innegable utilidad, estos proyectos miran más al pasado que al futuro.

La obra lexicográfica de Antonio de Capmany, que se sitúa en esta misma línea de diccionarios de especialidad, marca un cambio de orientación importante en el inicio del nuevo siglo. Respecto al neologismo científico, recoge en cierto modo la herencia de Feijoo, pero su reflexión va mucho más lejos, y con visión de futuro y planteamiento de filólogo, no se limita a hablar de numen o inspiración, sino que formula una teoría y unas reglas de innovación léxica al alcance de todo traductor que domine su lengua. La traducción figura desde el primer momento en el centro de sus preocupaciones filológicas, en el *Arte de traducir el idioma francés al castellano* (1776), que marca sus primeros pasos en este campo, su objetivo no es todavía la traducción científica. La obra está concebida como un diccionario de idiotismos, de frases hechas, o locuciones más usuales que no admiten traducción literal al castellano y que por su experiencia de censor sabía que constituían una dificultad considerable para los traductores (Étienvre 1983: 243-247). Para las voces simples, Capmany recomienda los diccionarios de Sobrino y Séjournant, el primero de los cuales conoció múltiples ediciones a lo largo del siglo. Aunque recuerda que tanto éstos como los demás que circulan son muy incompletos y poco precisos en su versión castellana «pérdida sensible principalmente para los puros traductores». La escasez de términos científicos de estos diccionarios merece una mención especial:

> En esta ilustre época en que los objetos y ramos de las ciencias naturales [...] se han multiplicado y extendido tan prodigiosamente, es más notable la carestía de estas voces de nueva adopción o formación, que se advierte en todos los diccionarios franceses-españoles. (Capmany 1776: XII)

Pero el aspecto sin duda más innovador de esta obra temprana es que, saliendo al paso de la polémica suscitada por la invasión de galicismos y, tras reconocer que la riqueza de las lenguas española y francesa es en todo comparable, admite la superioridad de ésta en lo tocante al vocabulario de las ciencias útiles, y esboza una definición del lenguaje científico, subrayando su especificidad y su carácter universal, que es de total actualidad:

> Desde que el idioma francés se ha hecho en este siglo intérprete de los conocimientos humanos [....] debemos confesar que la Francia ha hecho sabia su lengua consagrándola al idioma de las ciencias. El Geómetra, el Astrónomo, el Físico, el Crítico, el Filósofo, no hablan ya el lenguaje del vulgo, con el cual se explicaba todo cien años atrás. Tienen otro vocabulario, tan distante del usual como el de Newton lo es del de Ptolomeo. (Capmany 1776: XI)

Las ideas apenas esbozadas en el *Arte* las desarrolla Capmany veinticinco años más tarde, como fruto maduro de su labor ingente de filólogo, en el *Nuevo diccionario francés-español*, publicado en Madrid en 1805 y que conoció una segunda edición en 1817, muerto ya Capmany, cosa infrecuente en los diccionarios bilingües publicados en España por estas fechas.

En un extenso prólogo Capmany explica su proyecto, sus principios lexicográficos y sus criterios de selección. Su primera idea fue partir de los diccionarios franco-españoles existentes, y concretamente de los de Cormon (refundidor de los de Sobrino) y de Gattel, ambos de gran difusión. Y ello con la intención de actualizarlos, enriqueciéndolos con el vocabulario científico-técnico del que carecían. El examen de estas obras le convence de que están plagadas de errores, que los unos son copia de los otros, reproduciendo los mismos errores. Las sucesivas ediciones, supuestamente corregidas y aumentadas, no son sino truco de mercaderes, que buscan el lucro y no el interés de la lengua o de los usuarios. Así que dejando de lado estos modelos Capmany decide ofrecer un diccionario totalmente nuevo, tarea que le ocupa seis años.

El *Nuevo diccionario* consta de 30.000 artículos, enriquecidos con las distintas acepciones y sentidos figurados, recogiendo todos los registros de la lengua, sin descuidar el habla popular. Para cada voz propone la definición seguida de su correspondiente traducción. El cuerpo del diccionario se completa con un *Suplemento* que con distinta paginación figura a modo de anejo al final de la obra. En él se recogen todas las voces científicas recientes y de uso más frecuente, correspondientes principalmente al vocabulario de la medicina, anatomía, cirugía y farmacia. Este *Suplemento* consta de 1.500 artículos y las voces nuevas son en su práctica totalidad de raíz grecolatina. En el marco de este trabajo no podemos detenernos en la descripción detallada del diccionario, que por otra parte, y como diccionario de lengua general no presenta grandes novedades. Comentaremos en cambio aquellos aspectos del *Prólogo* que afectan directamente a las voces relativas a las ciencias, artes y oficios, que constituyen el aspecto más innovador de la obra.

En él, Capmany justifica la omisión de muchas voces que figuran habitualmente en los otros dicccionarios franco-españoles porque a su juicio no se trata de voces propiamente francesas puesto que «pertenecen a todas las lenguas [y] no mudan de estructura ni de pronunciación en castellano». En este caso incluye las relativas a oficios, empleos, ritos, etc., de países extraños y muchas otras voces pertenecientes al ámbito científico. A su juicio el lugar para este tipo de voces es un diccionario enciclopédico y no un diccionario franco-español de voces simples. En este punto recrimina por su ignorancia a los traductores que en sus versiones castellanas dejan estos nombres «con la librea francesa», y les recuerda que su primera obligación es leer en castellano a los autores españoles que ya antes los han empleado y aprender de ellos la riqueza de su propio lenguaje, en lugar de copiar servilmente la del extranjero (Capmany 1805: V-VI).

Aunque su criterio y su deseo también hubiera sido omitirlas, acepta en cambio la introducción de voces francesas de «orígen o composición» griega pertenecientes a las Matemáticas, Astronomía, Física, Medicina y Anatomía, que corresponden a la nomenclatura científica y no a la común de una lengua vulgar. Pero esto no es sino una concesión a los escasos conocimientos del traductor, porque Capmany declara que hubiera preferido suprimirlas y dar en cambio al lector «reglas sencillas y generales para acomodarlas a las terminaciones castellanas, que es el único objeto a que se reduce el diccionario comparado del francés y castellano» (Capmany 1805: VII).

La inclusión de todas las voces facultativas de creación reciente en el *Suplemento* antes mencionado, es de nuevo una concesión, esta vez a los puristas y para no ser tachado de innovador.

El *Prólogo* es además un encendido alegato en favor de la excelencia de la lengua española, en el que Capmany hace gala de un celo patriótico que hoy nos resulta un tanto agresivo y trasnochado. Pero su discurso apologético interesa porque gracias a él sus ideas lingüísticas se perfilan y se va precisando su concepción del lenguaje científico -como lenguaje universal y no propio de una lengua- a la vez que su reflexión sobre cómo tendría que formarse este lenguaje nuevo y cómo tendría que traducirse.

En la comparación entre ambas lenguas empieza por reconocer que en la española faltan nombres para las artes manuales y sobre todo para las ciencias físicas y experimentales. Pero la culpa de estas carencias no debe achacarse a la lengua y a su supuesta pobreza o insuficiencia, sino a los españoles que de siempre han descuidado el cultivo de estas ciencias. Si éstas se desarrollaran entre nosotros, la lengua se enriquecería automáticamente con voces nuevas. Esto es lo que ha ocurrido en Francia, donde las voces de carácter científico no pertenecen a la lengua común, no se conocen en el trato civil, ni entre el pueblo, ni entre las gentes cultivadas, sino que pertenecen al mundo científico, es decir a los sabios que las crean y utilizan, tomándolas prestadas al latín o al griego.

Y Capmany argumenta que si la lengua española nunca ha fallado a los hombres de ciencia hispanos cuando han querido expresarse en ella, si siempre les ha proporcionado los recursos necesarios para comunicar lo nuevo, no hay razón para que los traductores pretendan ahora que la pobreza y las carencias del castellano hacen necesaria la utilización de galicismos. Para él éstos son fruto del papanatismo de los traductores, de su desconocimiento de las posibilidades del propio idioma y de su pereza e incompetencia para inventar soluciones a los problemas nuevos. Los traductores pedantes que practican «la servil imitación del francés» admirando su superioridad, demuestran ser ignorantes e incompetentes al «confundir el lenguaje de los autores con el de la nación, o por decirlo de otro modo, el idioma de las ciencias con el de la vida común» (Capmany 1805: XXI).

Ante las necesidades lingüísticas planteadas por el desarrollo de las nuevas ciencias y de la economía, los españoles no tienen por qué imitar la lengua de los franceses, sino su mecanismo de creación léxica. Deben acudir a la fuente común, el griego y el latín, lenguas universales, y adoptar sus voces cuando ya existen, nacionalizándolas, o bien recurrir a la analogía para componer las nuevas a partir de estas mismas lenguas:

> ¿Quién ha dicho a estos señores -protesta Capmany- que la lengua española se niega a prohijar las mismas voces de nueva fábrica que ha adoptado la francesa de cuarenta años acá en las materias didácticas y científicas? ¿Hemos de escribir o tratar de conocimientos físicos y químicos en toda la extensión que abrazan los libros franceses? Pues no hay más que formar las voces como ellos mismos las han formado o acomodado. (Capmany 1805: XXI)

Tal ha sido su modo de proceder en el *Nuevo diccionario*, que no es sino una aplicación del método propuesto, y tal ha de ser el de los traductores, si han de liberarse del «vasallaje literario» en el que se han instalado:

> Con este método y conducta he podido dar a cada voz galo-latina su correspondiente hispano-latina. Lo mismo he hecho con las voces galo-grecas de que hacen modernamente tanto uso los escritores franceses. (Capmany 1805: XXII)

En conclusión podemos decir que, ante la necesidad de crear un lenguaje científico todavía inexistente, Capmany se distancia de la polémica estéril en torno al galicismo, que alimentó tanto debate apasionado entre sus contemporáneos. No elude el problema, no escatima los reproches a los malos traductores, ni niega las carencias del castellano. Pero su actitud es pragmática y busca aportar soluciones positivas y realistas. Su visión del problema es la de un filólogo con una concepción dinámica de la lengua, que se plantea la expansión y enriquecimiento de la misma como un proceso natural y constante para el que la lengua posee ya sus propios recursos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez de Miranda, Pedro. 1992. *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Anejos de la R. Academia Española.

Aragón Fernández, Mª Aurora. 1992. *Traducciones de obras francesas en la «Gaceta de Madrid» en la década revolucionaria (1790-1799)*, Oviedo, Universidad de Oviedo.

Capmany, Antonio de. 1776. *Arte de traducir el idioma francés al castellano, con el vocabulario lógico y figurado de la frase comparada de ambas lenguas*, Madrid, A. Sancha.

Capmany, Antonio de. 1805. *Nuevo diccionario francés-español*, Madrid, A. Sancha.

Étienvre, Françoise. 1983. «Antonio de Capmany censeur à la Real Academia de la Historia 1776-1802» *Mélanges de la Casa de Velázquez* XIX, 243-247.

Feijoo, Benito. 1765a. *Teatro crítico universal*, Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 9 vols.

Feijoo, Benito. 1765b. *Cartas eruditas*, Madrid, Imprenta de G. Ramírez, 9 vols.

Fernández, Juan & Nieto, Natividad. 1991. «Tendencias de la traducción de obras francesas en el siglo XVIII» en Mª Luisa Donaire & Francisco Lafarga (ed.), *Traducción y adaptación cultural: España-Francia*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 579-591.

Fernández Díaz, Mª Carmen. 1987. Edición comentada de A. de Capmany, *Arte de traducir*, Santiago, Universidad de Santiago.

Lázaro Carreter, Fernando. 1985. *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid, Crítica.

Lopez, François. 1976. *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIe siècle*, París, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques.

Niederehe, Hans-J. 1988. «Les dictionnaires bilingues français-espagnol et espagnol-français au XVIIIe siècle» *Travaux de linguistique et philosophie* 26, 33-47.